

CAPITULO II.

Francisco de Sales establece las esplicaciones del catecismo en su diócesis.—Cómo forma y dirige su clero.—Trabajos á que él mismo se entrega.

(Año 1603.)

El primer acto exterior del gobierno de Francisco de Sales en su diócesis, fué la institucion de las esplicaciones del catecismo, es decir, de esas instrucciones elementales que esponen el dogma y la moral, no con discursos con frecuencia estudiados, poco escuchados y comprendidos de muchos, sino con esplicaciones claras y sencillas, mezcladas de preguntas y respuestas, de comparaciones y ejemplos, y repetidas varias veces bajo diferentes formas para grabarlas en la mente. Convencido de que, á pesar de las prevenciones del mundo, esta es de todas las instrucciones la mas útil y la mas necesaria, tanto para los sabios como para los ignorantes, para los grandes y ricos como para los pobres y pequeños, para la ancianidad y la edad madura igualmente que para la mas tierna infancia, inauguró esta institucion en la iglesia de Santo Domingo, con una solemne Misa cantada con orquesta, á la que asistió, no solo el cabildo de la catedral sino casi todos los habitantes de la ciudad (1). Allí, subiendo al púlpito, demostró con energía la necesidad y las ventajas de las esplicaciones del catecismo; anunció que se darian en adelante todos los domingos; y terminó con una tierna exhortacion, en la que invitaba á todas las personas de cualquier edad y condicion que fuesen, á concurrir á ellas exactamente; á cuya invitacion unió otra, que se renovaba todos los domingos y fiestas. Como el olvido ó la distraccion hubiera podido impedir á algunos el asistir á dichas esplicaciones, enviaba estos dias por todas las calles de Annecy un hombre

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 23 de junio.

revestido de una especie de dalmática morada, que llevaba sobre el pecho y entre los hombros un escudo donde estaban escritos en letras de oro los nombres de Jesus y de María, y tocando una campanilla, llamaba á todos: «Venid, »venid á la doctrina cristiana; allí os enseñarán el camino »del paraíso.» (1) Habiendo obedecido un gran número á la voz del santo Obispo, quiso él mismo hacer estas esplicaciones, y se lo impuso como ley con tanto rigor, que nunca se dispensaba de ella, á menos que sus demás ocupaciones no le hicieran este ministerio completamente imposible, en cuyo caso se lo encargaba á las dignidades de su catedral ó á las personas mas capaces de su clero.

Nada tan interesante como lo que nos cuentan con este motivo las historias de su vida. Cuando todo el mundo estaba reunido, los señores colocados á un lado y las niñas á otro, todos con el rostro vuelto hácia el púlpito, empezaba: despues de cantar el *Veni Creator*, por hacerles recitar alguna parte del catecismo de Bellarmino ó de Canisius, que les habia dado á aprender; luego les explicaba con una claridad admirable lo que habian recitado. «He tenido la »dicha de asistir á estas benditas esplicaciones del cate- »cismo, dice un autor contemporáneo (2), y nunca he presenciado un espectáculo semejante. Este amable y verdadero padre estaba sentado como en un trono elevado »sobre algunas gradas; todo el ejército infantil le rodeaba, »y era un contento sin igual oír cuán familiarmente esponia »los rudimentos de nuestra fe, saliendo á cada paso las mas »ricas comparaciones de su boca; miraba á su pequeño auditorio, y este le miraba á él; se hacia niño con ellos para »formar en ellos al hombre perfecto segun Jesucristo.»

Despues de haber explicado un punto de doctrina, se aseguraba de si habia sido bien entendido, interrogando á los niños unos despues de otros, haciéndoles varias veces la misma pregunta bajo una forma algo diferente; y cuan-

(1) Carlos Aug., p. 283.

(2) La Riviere, p. 362.

do alguna esplicacion no habia sido perfectamente comprendida la esplicaba de otra manera, la aclaraba á fuerza de ejemplos ó de anécdotas relacionadas con el asunto, desenvolviéndola de un modo comprensible á todos, sin perdonar fatigas ni disgustos para instruir bien á sus queridos niños. Les interrogaba de nuevo con una bondad maternal; repetia, si era necesario, las mismas esplicaciones, siempre con la misma gracia y la misma piedad, y no dejaba una cuestion hasta que no estaba bien comprendida. Casi nunca reprendia, sino alentaba á que se hiciera mejor; y siempre que un niño le satisfacía con sus respuestas, le daba, ya estampas, medallas, rosarios, libritos de oracion ú otros pequeños objetos que llevaba siempre consigo á las esplicaciones del catecismo, para recompensar á los que de ellos se hicieran dignos (1).

Terminada la esplicacion, hacia cantar algunos cánticos franceses, varios de ellos composicion suya, ó algunos versos de los salmos traducidos al francés, y puestos en música por personas inteligentes, y distribuía luego á los niños billetes escritos de su mano, con la esposicion de la doctrina cristiana, para que los recitasen en la reunion siguiente. La gracia y la sencillez con que el santo Obispo desenvolvía los mas profundos misterios de la fe, interesaban en el mas alto grado á los fieles presentes á estas esplicaciones, ilustrando á los simples, edificando á los doctos, y haciendo bien á todos (2).

La Señora de Boisy era tambien muy asídua á ellos siempre que iba á Annecy; y habiéndole dicho un dia su santo hijo, que le distraía cuando la veía ir con aquellos niños á oír el catecismo que ella le habia enseñado: «Hijo mio, le contestó, yo os he enseñado la corteza de la letra, pero vuestra boca me descubre el interior de nuestros sagrados misterios, de los que estaba poco instruida.» En fin, tal fué bien pronto el número de asistentes atraídos

(1) Dep. de Langin.

(2) Dep. del rector Dumont y de Moccand.

por el encanto de su instruccion, que le fué necesario dividirlos en tres clases, repartiéndolos en tres capillas de la iglesia de Santo Domingo, bajo la presidencia de sacerdotes distinguidos que unió á sí como catequistas. Estas capillas pronto fueron demasiado pequeñas para la multitud de personas que querian oír las instrucciones, y estableció entonces sus esplicaciones en tres diversas iglesias, en Santo Domingo, en Nuestra Señora y en San Juan.

El celo del santo Obispo en atraer á ellas á todo el mundo, no dejó de encontrar censores. «¡Qué idea tiene nuestro Obispo, decian, en rebajar á los doctos á la clase de los ignorantes, y en querer que todo el mundo se haga un niño!» El santo prelado se contentó primero con responder con dulzura estas palabras del Evangelio: «Si no os hiciéreis como niños pequeñitos, no entrareis en el reino de los cielos.» Pero viendo que estas burlas, siempre repetidas, impedían á muchos el ir, reprendió severamente las críticas, hasta declararles que les prohibiría, si continuaban, la entrada en su casa. Contenidos por esta saludable correccion los censores callaron, y ellos mismos fueron los mas exactos al catecismo.

De tiempo en tiempo el piadoso Obispo escitaba la piedad é interés de los niños con algunas ceremonias que sabia les eran agradables. Dos domingos en el año los llevaba por toda la ciudad en procesion solemne, acompañado de sus sacerdotes, cantando con ellos las Letanías ó rezando dulcemente el Rosario, y yendo él detrás de su pequeña tropa con el mayor recogimiento. La mayor parte de los espectadores le admiraban en esta humilde funcion, pero otros encontraban algo que decir de ella. «¿Por qué, murmuraban entre sí, un Obispo ha de descender á tan humildes ocupaciones? ¿Por qué él, que debería dedicarse todo á los grandes y á los hombres influyentes, ha de pasar el tiempo con los niños y los pobres?» Cuando referian estas murmuraciones al humilde prelado, este respondia que Jesucristo ha dicho: «Dejad venir á mí estos pequeños; á ellos es á quienes pertenece el reino de los cie-

«los;» y continuaba sin inquietarse por los dichos del mundo (1).

Tanta bondad le ganó de tal suerte el corazón de los niños, que cuando pasaba por las calles corrían á él de todos lados, y colocándose en fila á derecha é izquierda, se estrechaban tanto cerca de su persona que apenas le dejaban el paso libre. Todos querían recibir su bendición, besar su mano y su vestido, y le seguían algunas veces arrastrándose de rodillas, hasta que habían obtenido este favor. Alegre con este inocente séquito, los acariciaba á todos, poniendo la mano sobre la cabeza del uno, sobre la mejilla del otro; y los primeros que habían recibido estas demostraciones de su bondad, corrían á colocarse un poco mas lejos para recibirlas por segunda vez, de suerte que á medida que adelantaba, la pequeña tropa crecía siempre. Los de su comitiva se impacientaban, pero prohibía que los apartaran. «Dejadlos venir, decia, es mi pequeño pueblo;» y cuando los niños le habían perdido de vista, iban á contar con alegría la dicha de su encuentro y las caricias que habían recibido (2).

Un día que le siguieron hasta la entrada de un monasterio, habiéndole una religiosa espresado el temor de que el viento que entraba por la puerta del locutorio entreabierto le incomodase, se levantó para cerrarla, pero habiendo visto allí á los niños reunidos, se volvió á su lugar dejándola como estaba: «Está eso, dijo, tan lleno de niños que me miran con tan buen corazón, que no he tenido valor de cerrarles la puerta.» (3) El hombre de Dios recibía con la misma bondad á los niños que le presentaban las nodrizas; les enseñaba su cruz de oro, se la hacía besar, y á veces su bendición los libertaba de los males comunes en esta edad.

(1) Dep. de la Madre Chaugy.

(2) Dep. del Doctor Antonio de Iglesia.—Recolección de la Madre Greffier.

(3) Recol. de la Madre Greffier.—Juan de San Francisco, p. 437.—Vida de la Madre Ana Claudia Colin.

El santo Obispo quiso que participase toda su diócesis de los grandes bienes que producía la esplicación del catecismo en Annecy; y en su consecuencia, en el curso de este mismo año, prescribió á sus sacerdotes esplicaran el catecismo al pueblo todos los domingos antes de Vísperas, durante dos horas en el verano. En la instrucción que les dió sobre este asunto (1), quiere que se anuncie el catecismo al son de campana; que cuando entren en la iglesia haya uno encargado de velar por que todos hagan, como se debe, la señal de la cruz y la genuflexión delante del Santísimo Sacramento; que se escoja para hablar á los niños mas capaces; que se les coloque en un lugar elevado donde puedan ser vistos de todos; que uno haga las preguntas y el otro dé las respuestas; que se les interrogue sobre las esplicaciones dadas anteriormente, para ver si las han retenido y hacerlos mas atentos; que se haga en una corta alocución el resumen de todo lo que se ha dicho, con el fin de grabarlo mas en la memoria; que se den recompensas, como estampas, medallas y rosarios, á los que lo han sabido mejor y han sido mas juiciosos; por último, que se tenga cuidado en notar los que faltan, y que se termine con una exhortación tierna y piadosa.

No contento con estas prescripciones, recomendó á los sacerdotes sin beneficios esplicasen el catecismo á los niños y á los pueblos, siempre que encontrasen ocasión para ello; les remitía cartas-patentes escritas y firmadas de su mano, y selladas con su sello, en las que les autorizaba para instruir á la juventud en toda la diócesis, con el consentimiento de los curas (2). Invitaba igualmente á los abades á instruir á todos los de la vecindad, enseñándoles el método de hacerlo (3); añadiendo que el mayor placer que podrían darle, era consagrarse á este ministerio. «Yo le pedí» un día, declaró uno de sus sacerdotes en el proceso de su

(1) Opusc., p. 275.

(2) Dep. de Dumon.

(3) Dep. del abad Mouxi.

»beatificacion (1), que concediese á los niños de coro de la »catedral que yo catequizaba, las mismas indulgencias que »al gran catecismo.—¡Ah! me contestó, os las concedo de »todo corazon; y en el hecho, añadió estrechándome en »sus brazos, de catequizar como lo haceis á los niños pe- »queños, sois mi hijo mas amado.»

Pero como todo lo que un Obispo puede prescribir para el bien de sus diocesanos no puede producir felices resultados, si no tiene buenos sacerdotes que ejecuten sus órdenes, el cuidado del clero fue, juntamente con las esplicaciones del catecismo, una de las primeras solicitudes del santo prelado. No tenia entonces, ni pudo tener nunca seminario propiamente dicho, donde los aspirantes al sacerdocio pudieran estudiar su vocacion, y prepararse en el silencio del retiro á su sublime ministerio. Para formar un establecimiento como este, le faltaban el material y el personal necesarios. En vano, para procurarse lo primero, solicitó de la Santa Sede autorizacion para tomar de los beneficios caudal con que hacer frente á dicho gasto, pues esta autorizacion no llegó nunca. En vano, para tener directores de estas escuelas eclesiásticas tales como los deseaba, instó al Cardenal de Berulle á que fundara una congregacion dedicada á la educacion del clero, pues vió nacer mas tarde esta congregacion preciosa, pero sin que se formasen sujetos con la aptitud necesaria. Viendo que no podia lograr esto, hizo al menos lo que estaba de su parte para llenar un vacío tan deplorable. Cuando se presentaban jóvenes á recibir las santas órdenes, estudiaba su conducta y su carácter, sus talentos y su virtud; y para asegurarse si tenian la ciencia requerida los sometia á un sério exámen, los interrogaba él mismo, ó los hacia interrogar en su presencia. Aquellos en quienes no encontraba las condiciones debidas, ó que veia arrastrados al sacerdocio contra su inclinacion por miras de interés ó de familia, los despedia sin contemplacion, sin atender á las ins-

(1) Dep. de Baytay.

tancias y reclamaciones de sus parientes ó protectores (1). Aquellos, por el contrario, en los que reconocia verdaderamente eran llamados á este santo estado, los instruia él mismo en sus deberes eclesiásticos, los animaba con sus exhortaciones á la piedad y al estudio; y á veces, á pesar de sus inmensas ocupaciones, se prestaba á oirlos en confesion. Sus amigos, temiendo por el mucho trabajo que le daba este ministerio, quisieron apartarle de él. «No soy »yo quien va á invitarlos, respondia, sino ellos los que »me lo piden; y Dios lo permite así, para que el pastor co- »nozca á sus ovejas y sea conocido de ellas.»

Despues que preparaba de este modo á los nuevos eclesiásticos, les conferia las órdenes en las Cuatro Témoras; y considerando que así se hacia padre de una nueva raza sacerdotal, cuya perseverancia en el bien estaba confiada á su solicitud, contrajo una alianza particular con los ángeles custodios de estos nuevos sacerdotes, á fin que, por esta union de vigilancia y oraciones, de celo y de esfuerzos, pudiese él mismo llenar mejor su mision de ángel custodio de su clero. Desde el dia de la ordenacion trataba á estos nuevos ministros con un respeto profundo, celoso en imitar á los ángeles, á los que su fe mostraba venerando en el sacerdote la sublimidad del carácter sacerdotal; y con este motivo, le gustaba citar un hecho de que fué testigo el sábado de las Cuatro Témoras de la Cuaresma de aquel año de 1603. Un jóven sacerdote, á quien acababa de ordenar, al retirarse despues de la ceremonia, se detuvo algunos instantes á la puerta de la iglesia, haciendo las demostraciones exteriores de un hombre que quiere ceder el paso á una persona de respeto y no salir sino despues de él. El Obispo, que marchaba á poca distancia del sacerdote, sorprendido de este modo de obrar, le llamó aparte así que salieron de la iglesia, y le preguntó la razon de esta conducta. «Dios, respondió este, me hace la gracia de go- »zar de la vista sensible de mi angel custodio. Antes que

(1) De Maupas, p. 177 y sig.

»fuese sacerdote, este ángel caminaba siempre delante de
»mí; pero hoy se ha detenido á la puerta, y ha querido por
»honor á mi carácter sacerdotal hacerme pasar primero,
»diciéndome que es mi servidor y de todos los sacerdo-
»tes.» (1)

Francisco de Sales colocaba en seguida á sus sacerdo-
tes en su puesto, pero sin darles nunca ningun beneficio
sino por concurso, segun lo prescribe el concilio de Tren-
to; tal era su regla invariable, encontrando en esta medida
tres grandes ventajas: la primera era formar en su dióce-
sis un clero instruido, escitando la emulacion al estudio
entre sus sacerdotes, que sabian que la ciencia era el úni-
co medio para obtener los curatos; la segunda, hacerles
imposibles las intrigas y el favor, atándose él mismo las
manos; y la tercera, tranquilizar su conciencia, haciendo
recaer la responsabilidad de los nombramientos en un con-
sejo compuesto de los mas sabios y ejemplares eclesiásti-
cos de su diócesis (2). Este concurso se hacia con una im-
parcialidad tan severa, que cuando alguno de los suyos,
amigos, parientes ó miembros de su casa debia concurrir,
evitaba el asistir al concurso, temeroso de influir con su
presencia en el fallo de los examinadores; y entonces su
Vicario general presidia el tribunal (3). Despues de haber
colocado así á sus sacerdotes segun las reglas de la mas
estricta justicia, les inculcaba en todas ocasiones los prin-
cipios de la vida eclesiástica, les descubria la escelencia
del sacerdocio, la pureza de corazon y la vida ejemplar
que exige la ofrenda diaria del santo sacrificio, los anima-
ba en sus desalientos, y los invitaba á que acudiesen á
consultarle en sus dificultades. «Tened confianza, les decia:
»si me buscáis, os enseñaré de todo corazon lo que debeis
»hacer, os lo aseguro; cuando no tenga tiempo os rogaré

(1) Dep. del Canónigo Gard.—M. de Cambis, p. 443.—Carlos Aug., p. 286.

(2) Dep. de Gay.—Juan de San Francisco, p. 176.—*Espíritu de San Fran-
cisco de Sales*, part. I, sect. XXXIII.

(3) Dep. de Bonard.

»que me dispenseis, y cuando no sepa lo que me pregun-
»tan, me tomaré tiempo para estudiarlo.»

Si se ocupaba con tanto celo en formar las cabezas es-
pirituales de las parroquias, «es, decia, porque los buenos
»curas no son menos necesarios que los buenos Obispos:
»en vano los Obispos trabajan por la salvacion de las al-
»mas confiadas á su direccion, si no son secundados por
»curas piadosos, ejemplares é instruidos; porque ellos no
»son los pastores inmediatos que deben marchar delante
»del rebaño para mostrarle la senda del cielo, y la espe-
»riencia demuestra que cual es el cura, tal es su parro-
»quia, y que cuando los pueblos son dirigidos por un sa-
»cerdote que instruye y que edifica, se inclinan fácilmente
»á la virtud; y lo contrario sucede si el sacerdote, infiel
»á su deber, deja de dar instruccion y buen ejemplo.» (1)

Para facilitar á los sacerdotes el cumplimiento de sus
deberes é instruirlos en la administracion del sacramento
de la penitencia, de donde depende en gran parte la sal-
vacion de todas las almas de una diócesis, les dirigió una
circular en que respira ese espíritu de mansedumbre y de
sabiduría, que constituia su carácter peculiar (2). En este
escrito empieza por recomendar á los sacerdotes lleven
siempre al santo tribunal la conciencia pura, con un de-
seo ardiente de salvar á las almas. «Acordaos, les dice mas
»adelante, que los pobres penitentes os llaman su padre, y
»que debeis tener con ellos un corazon paternal; recibidlos
»con dulzura, soportad con paciencia su rusticidad, su ig-
»norancia y todos sus defectos, como el padre del hijo
»pródigo, á quien no causó repugnancia el estado de po-
»breza y desnudez en que veia á su hijo, sino que le abra-
»zó con efusion y le besó con ternura, porque era padre,
»y el corazon de los padres es tierno para con los hijos.»

Consecuente con este principio, quiere que se aliente
el ánimo de aquellos á quienes sus pecados hacen vergon-

(1) Dep. de Miguel Favre.

(2) Opusc., p. 286.—De Maupas, p. 210.

zosos y tímidos, diciéndoles que se conoce bastante la debilidad humana para no estrañar que los hombres pequen; que el hombre se honra mas con el arrepentimiento y la confesion de su falta que se deshonoró con sus faltas mismas; y que la penitencia es una segunda inocencia. Si, por el contrario, los penitentes se presentan con descaro y sin temor, quiere que se les recuerde que están delante de Dios que los juzgará, y no delante de un hombre; que se trata para ellos en este momento de una eternidad feliz y desgraciada, y que una confesion mal hecha sería un nuevo crimen. En cuanto á aquellos á quienes falta la confianza, recomienda que se les muestre la misericordia de Dios mas grande que sus miserias; la bondad de Jesucristo, que rogando por sus verdugos nos hace entender que, aunque le hubiéramos crucificado con nuestras propias manos, nos perdonaría si nos viera arrepentidos; que el menor arrepentimiento, con tal que sea sincero y acompañado del sacramento, tiene delante de Dios la virtud de borrar todos los pecados; que los condenados y los demonios mismos serian justificados si pudieran recibir el sacramento con un sentimiento de arrepentimiento; que los mayores santos han sido muchas veces grandes pecadores, como David, San Pedro, San Mateo, Santa Magdalena, San Agustin; que la mayor injuria que se puede hacer á la bondad de Dios, así como á la pasion y muerte de Jesucristo, es no tener confianza en obtener el perdon de los pecados, lo cual constituye un artículo de nuestra fe.

El autor espone en seguida las santas industrias por las cuales es necesario arrancar la confesion tan penosa de los pecados vergonzosos, y *atraer*, como el dice, *suave y dulcemente las hermosas almas de los penitentes á que hagan una buena confesion*, ayudándolas, dejándolas hablar sin encontrar nada que decir sobre su modo de esplicarse, alentándolas con estas palabras ú otras semejantes: «¡Qué gracia tan grande os hace Dios concediéndoos que os confeseis bien! »Conozco que el Espiritu Santo mueve vuestro corazon »para que hagais una buena confesion. Tened buen ánimo;

»decid animosamente..... bien pronto tendreis un gran »contento de haberos confesado bien, y nada en el mundo »os parecerá comparable con la dicha de haber descargado »tan bien vuestra conciencia. ¡Qué grato para vos á la »hora de la muerte haber hecho esta buena confesion!»

De aquí el autor pasa á las preguntas que se deben hacer á los penitentes, despues que ellos han concluido su acusacion, para conocer, ya el número de los pecados con las circunstancias que cambian de especie, que los agravan ó los disminuyen, y aun á veces los multiplican en un solo acto, ya los pecados de pensamiento y de deseo, que se dejan muchas veces de confesar, ó los pecados que se han hecho cometer al prójimo. Luego trata de las reglas para la absolucion, y los casos reservados; y despues de la penitencia que se debe imponer, la cual quiere que sea tal que el penitente la cumpla con gusto, que sea fácil de recordar, y encierre un preservativo contra la recaida. Por último, invita á los confesores á que recomienden á sus penitentes se confiesen y comulguen á menudo, asistan á los sermones y á las instrucciones, lean buenos libros de devocion, como las obras de Fray Luis de Granada, huyan las malas compañías y frecuenten las buenas, oren á menudo, hagan cada dia el examen de conciencia, piensen en las postrimerías, tengan un Crucifijo y santas imágenes, y las besen con frecuencia.

Tales son las reglas que trazaba el santo prelado á sus sacerdotes; pero como es frecuente engañarse, y los confesores estan espuestos á tomar en sus penitentes, por inspiraciones del Espiritu Santo, ya las inspiraciones del amor propio, los estravíos de una imaginacion exaltada, ó las sugestiones del espíritu de tinieblas, creyó debia añadir á su circular reglas para el discernimiento de los espíritus (1). Segun este hábil maestro, las señales del espíritu de Dios son: 1.º La humildad, que enseña al hombre á conocer su debilidad, á temblar al considerar-

(1) De Maupas, p. 118.